Líneas de sangre

Eileen Wilks

Traducción de Ainara Echaniz Olaizola

PANDORA

Libros publicados de Eileen Wilks

EL MUNDO DE LOS LUPI

1. Peligro tentador
2. Peligro mortal
3. Líneas de sangre

Próximamente:
4. *Night Season*

Título original: *Blood Lines*
Primera edición

© Eileen Wilks, 2007

Ilustración de portada: © Dan dos Santos

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:
© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-578-3 Depósito Legal: B-6181-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 5

Querido lector:

Apenas han pasado tres meses desde que conocí a Rule, pero parece que hubiera pasado más tiempo. Podría ponerme cursi y decir que siento como si mi vida hubiera comenzado el día en que nuestras miradas se encontraron aquella noche en el Club Infierno, pero estaría mintiendo. Tenía una vida antes de conocer a Rule, agitada e imperfecta, pero una vida al fin y al cabo.

Sin embargo, todo cambió en esa vida. Por eso tengo la impresión de que ha pasado mucho más tiempo que tres meses.

En aquella época era una agente de policía de Homicidios. Era todo lo que había querido ser desde que tenía ocho años, cuando aprendí que los monstruos existen y tienen el mismo aspecto que cualquiera de nosotros. Ahora trabajo para el FBI, Unidad 12 de la DCM, la División de Crímenes Mágicos; y estoy unida de por vida al príncipe del clan Nokolai.

Hace dos meses estaba investigando el primer asesinato desde hacía décadas cometido por un hombre lobo, perdón, un lupus, en la Costa Oeste. Rule Turner fue mi primer sospechoso. Pronto supe que no había podido ser él, pero me llevó más tiempo descubrir quién estaba detrás de todo. Una telépata loca, el carismático líder de un culto y una antigua aspirante a diosa se habían unido para destruir a todos los lupi de los Estados Unidos, y no hacían ascos a matar a algunos humanos en su camino por hacerse con el país.

Los detuvimos. Nosotros, Rule y yo, y algunos otros como mi abuela, que se ha marchado a China, maldita sea, en una especie de peregrinación. Se marchó una semana antes de que yo fuera a parar al infierno. Literalmente.

Veréis, maté a la telépata. En ese momento realmente se estaba esforzando para matarme, así que no tuve otra opción. Pero el líder del culto escapó y se llevó el báculo con él. El báculo de Ella, que estaba vinculado a la diosa cuyo nombre no mencionamos. Teníamos que encontrar y destruir el báculo, así que buscamos a Harlowe, el líder del culto.

Lo encontramos. Y no resultó nada bien. Harlowe murió, junto con algunos otros. Mi yo se dividió en dos y una de mis mitades fue arrojada a la esfera de los demonios.

Rule fue conmigo. Vamos, con esa parte de mí.

No me pidáis que os explique todo ese asunto de cómo me dividí en dos. Cullen, el amigo de Rule, el hechicero, quizá pueda, pero cometeríais un error si le preguntarais. Ese hombre tiene el aspecto de un auténtico pecado con piernas, pero se convierte en el profesor chiflado en cuanto empieza a hablar de hechizos y teorías absurdas.

Después de esto, todo se vuelve un poco confuso. Ninguna de mis dos mitades sabía que la otra existía. La que estaba en el infierno, o en Dis, como lo llaman los nativos, había perdido la memoria. Tenía a Rule, pero él estaba atrapado en su forma de lobo. Gracias al vínculo, la mitad que se había quedado en la Tierra sabía que Rule no estaba muerto, pero dar con él no fue nada fácil. Finalmente, algunas de las sacerdotisas lupus, a quienes llaman rhejes, junto con la ayuda de Cullen, se las arreglaron para abrir una pequeña puerta al infierno, que es casi tan ilegal como cometer una masacre. Cullen, Cynna, un odioso gnomo llamado Max y yo fuimos a buscar a Rule.

Dis está dividido en regiones y cada región está gobernada por su príncipe. La aspirante a diosa se había infiltrado en una de esas regiones mediante un avatar para cerrar un trato con el príncipe. Pensad en un avatar como en una copa sensible de la cual se ha extraído parte de la persona para hacer sitio a la esencia de otro ser. Pues bien, la diosa y el príncipe tuvieron un desacuerdo. El demonio se comió al avatar y se volvió loco; y mis dos mitades se encontraron en medio de una guerra en el infierno.

Mis dos mitades se sorprendieron mucho con los dragones.

Anteriormente, mi otro yo y Rule habíamos sido recogidos por un dragón. En aquel momento no nos pareció un golpe de suerte en absoluto, más bien creímos que era una desagradable manera de morir. Pero al final resultó que el dragón sabía cómo podíamos volver, es decir, cómo podía volver a reunirme con mi otra mitad y cómo volver a la Tierra; todos nosotros... incluidos él y otros veinte de esos enormes, hermosos y mortales colegas.

Sufrimos bajas en nuestra huida. Las autoridades decidieron ignorar el hecho de que era posible abrir una puerta al infierno, así que por ese lado no nos metimos en líos. Después de todo, el portal había desaparecido en cuanto habíamos regresado. Pero Rule había estado al borde de la muerte y yo..., yo sé cosas que nunca creí que fuera posible saber. La muerte no es el absoluto que yo siempre había creído que era.

¿Y los dragones? Se esfumaron con tanta habilidad que algunas personas decían que no eran más que un truco de Hollywood. Después de todo, estábamos en California.

Esta es la historia de qué ocurrió después de que volviéramos, un poco como Dorothy y compañía al regreso de Oz. Me apuesto lo que sea a que creéis que todo fue bueno para Dorothy una vez volvió a casa.

Olvidamos que Kansas no es más seguro que Oz. Al fin y al cabo, fue allí por donde pasó el tornado.

Lily Yu

Prólogo

2.52 a. m. 20 de diciembre (Greenwich)

Justo a las afueras de Miller's Dale, Derbyshire, dos naturalistas en ciernes salieron a hurtadillas de su casita de campo. Julie y Marnie no tenían permiso para salir de noche, por supuesto, pero tenían la esperanza de que su madre nunca se enterara. Siempre dormía profundamente después de una de sus «noches de chicas». Julie y Marnie tenían la intención de encontrar y fotografiar a la pareja de *Mustela erminea* cuyo rastro habían descubierto el día anterior.

Al menos, Marnie estaba convencida de que eran huellas de armiño. Julia fastidiaba a su hermana señalando que bien podían tratarse de huellas de *Mustela nivalis,* más conocida por los profanos del latín como una comadreja común. Ambos animales dejaban huellas de garras de cinco dedos y eran generalmente nocturnos, aunque la comadreja también podía ser vista a la luz del día.

Pero también habían encontrado un mechón de pelo blanco en las inmediaciones.

—Podría ser de una liebre —dijo Julia por quinta o sexta vez.

—No era de una liebre.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. —En su interior, Marnie tenía que admitir que no estaba segura, pero sería tan bonito que encontraran al hermoso primo de blanco pelaje de la comadreja.

Era posible. Los armiños no escaseaban en aquella zona y Miller's Dale tenía la suerte de contar no con una sino con tres reservas naturales en las cercanías: las dos que pertenecían a la Reserva de los Naturalistas de Derbyshire en Priestcliffe Lees y Station Quarry, y la Reserva Nacional en Monk's Dale. Y como se encontraba en el distrito de los Picos, el área estaba abarrotada de senderos para caminar, sin olvidar mencionar a los turistas y otras plagas semejantes.

Ahora no había montañeros. La luna era un duende dorado llenos de bultos que colgaba muy cerca del horizonte, recién pasada la fase de luna llena. Había luz suficiente para que las muchachas pudieran seguir el camino que bordeaba

el río Wye. El aliento formaba nubes blancas en el aire inmóvil. Marnie se metió las manos en los bolsillos y palpó la voluminosa forma de su nueva Nikon. Había estado tomando cientos de fotografías para aprender a ajustar la velocidad del obturador, la apertura del diafragma y la ISO, para hacer fotografías nocturnas. Tenía la cámara preparada. Si veían una *Mustela erminea,* lo único que tenía que hacer eran apuntar y apretar el botón.

Pero algunos planes no se cumplen nunca. Apenas habían avanzado la mitad del camino hasta llegar al lugar de las huellas, cuando vieron el tenue reflejo de una luz en un bosquecillo a mano izquierda.

—Algún estúpido imbécil ha dejado una fogata encendida —dijo Julia.

—Quizá. —La luz no temblaba como habría hecho un fuego—. Parece más una linterna.

—No se mueve, ¿no? Vamos. Será mejor que echemos un vistazo.

Marnie saltó de un pie a otro deseando ardientemente seguir la búsqueda de sus armiños... Pero si aquella luz provenía de una fogata abandonada, era su deber apagarla.

—Está bien. Pero no hagas ruido, por si se trata tan solo de adolescentes.

A las muchachas se les daba muy bien moverse con sigilo para no espantar a los animales salvajes, pero una vez que se encontraron bajo los árboles, el panorama se oscureció bastante. Sin embargo, consiguieron llegar al pequeño claro circular que se encontraba en el centro del bosquecillo sin armar mucho escándalo. Y nada más llegar, se detuvieron en seco y se escondieron detrás de un árbol.

Había hadas en el anillo de hadas.

Por lo menos Marnie creía que lo eran, aunque nadie había visto un hada en... bueno, nunca. Pero eran pequeñas, tan pequeñas que no le llegarían a ella ni a las rodillas si se pusieran de pie... cosa que no estaban haciendo. Además, tenían unas alas enormes como de mariposa. Y brillaban. Como si estuvieran hechas de LED, sus pequeños y perfectos cuerpos irradiaban una suave luz.

Podía ver a la perfección esos pequeños cuerpos porque las hadas estaban desnudas. Y lo que estaban haciendo.... bueno, Marnie había visto hacerlo a los animales, pero nunca a nada que se pareciese tanto a las personas.

Marnie sacó su cámara del bolsillo y la preparó. Apretó el botón y rezó. Y lo volvió a apretar. Y otra vez.

—¡Están teniendo sexo! —susurró Julie, perpleja.

Marnie la pellizcó para que se callara, pero era demasiado tarde. Una de las hadas, una hembra de alas amarillas con motas marrones, dejó de hacer lo que estaba haciendo con el macho de alas rojizas. Su pequeña cabeza giró mientras miraba alrededor y dijo algo en forma de trino.

Marnie abrió la boca por la sorpresa. La pequeña hada tenía dientes. Dientes afilados como los de un gato.

Algunas hadas rieron. Una de ellas gorjeó más palabras y todas miraron alrededor como si estuvieran asustadas. Un minúsculo hombre de alas azuladas gritó y señaló hacia el árbol tras el cual se escondían Marnie y Julie.

La hembra más grande, una esbelta pelirroja con las alas del color del atardecer, alzó las manos por encima de su cabeza. Gritó unas palabras, muy enfadada, como si estuviera dando órdenes a alguien. Hacía mucho ruido, mucho más ruido de lo que debería ser capaz de hacer alguien tan pequeño. Tenía las pequeñas manos cerradas en forma de puños.

Todas las hadas desaparecieron y la oscuridad se adueñó del bosquecillo.

Las muchachas recibieron un castigo por escaparse, pero había merecido la pena. Marnie vendió sus fotografías a un periódico local y luego a una agencia de noticias. Con el tiempo, incluso perdonó a su hermana por abrir su bocaza y espantar a las hadas.

8.52 p. m. 19 de diciembre (Hora local)
2.52 a. m. 20 de diciembre (Greenwich)

Los Lobos se asentaba precariamente en la costa montañosa de Michoacán, México, donde los picos de la Sierra Madre del Sur se amontonaban de tal manera que parecía que iban a caer todos al Pacífico. Del minúsculo *pueblo** nacía una de las pocas carreteras que se adentraban en las montañas: una serpiente de cemento llena de baches que perdía su pavimentación a unos siete kilómetros y se adentraba en la feliz oscuridad convertida en un camino de tierra que solo podían utilizar los burros o aquellos a quienes les traía sin cuidado el bienestar del chasis de sus vehículos.

No había ni una posada ni un hotel en la aldea, pero la señora de Pedrosa, viuda del viejo Enrique, tenía una habitación libre desde que había echado a su tercer nieto, quien, después de todo, bien podía quedarse con su hermano y su cuñada por unos días. Ella había alquilado la habitación al extraño que ahora mismo estaba durmiendo allí, soñando con la oscuridad.

Cullen se despertó sobresaltado. Durante un segundo no supo dónde estaba, ni cuándo, pero había luz. Podía ver.

Tampoco es que hubiera mucho que ver. Se había quedado dormido con la cabeza apoyada en los brazos en la pequeña mesa que su anfitriona le había facilitado.

Bah. Un sueño aburrido... aunque no tan aburrido como el otro. Había tenido la esperanza de que ese sueño en concreto dejara de aflorar desde su subconsciente ahora que ya era un Nokolai, pero no había tenido esa suerte.

Cullen se incorporó, se frotó la cara con las dos manos y retorció el cuerpo para estirar la columna. Al parecer, tantas noches seguidas en vela más sus paseos por la jungla, le habían pasado factura. ¿Qué hora era?

* N. de la t.: Todas las palabras seguidas de asterisco están en español original.

Cogió su teléfono móvil, que actualmente servía más de despertador que de medio de comunicación, porque estaba a cientos de kilómetros de la torre de telefonía más cercana. La pantalla brillante le informó de que era una hora ridícula para estar durmiendo. Bien, pues ahora estaba despierto.

¿Qué era lo que lo había despertado?

Frunció el ceño. ¿El sueño? Pero nunca le había despertado antes. Aguzó el oído, olisqueó el aire, pero ni oyó ni olió nada extraño...

Entonces lo sintió de nuevo. Tan suavemente como la caricia de un pincel o una pluma, algo le hizo cosquillas en sus escudos mentales.

Instintivamente aumentó su resistencia. ¿Qué demonios...?

Entonces sonrió. Por supuesto. Alguien había notado su presencia y estaba intentando descubrir quién era. ¿Quién podía ser salvo aquel al que estaba buscando?

Se llevó las manos al pecho, donde encontró el más largo de sus colgantes. Abrió el saquito, piel recubierta de seda, y extrajo su contenido. Durante unos instantes se limitó a sentirlo moviéndolo entre sus dedos.

Era duro y suave como el cristal y tenía la forma de un gran pétalo de flor. Los bordes estaban lo suficientemente afilados como para que Cullen tuviera cuidado al juguetear con él. Cullen sabía que a la luz del día el color del pétalo sería gris oscuro con un brillo opalescente, como si estuviera cubierto de aceite. Pero en aquel instante, sus ojos apenas podían distinguir la forma del objeto.

Sin embargo, Cullen no confiaba en sus ojos para ver. Y su reciente ceguera, ya curada, no había hecho más que agudizar su otra visión. Con esa visión veía color: un color vivo, como un destello. Azul para el agua, plata para el aire, marrón para la tierra con chispas rojas, amarillas y verdes, los colores de la magia que bailaban sobre ella. Pero debajo de la superficie... ah, debajo de todo aquello, estaba el púrpura más profundo, un púrpura tan oscuro que casi parecía negro.

Púrpura, el color de los que pertenecían a la Estirpe. Lo que sostenía en las manos provenía de una de las especies mágicas más antiguas, aquella que estaba hecha de magia más que ninguna otra. Cullen pensó, mientras pasaba el pulgar por aquella superficie como de cristal, que lo más probable era que nadie en la Tierra hubiera sostenido en sus manos un objeto como aquel en más de cuatrocientos o quinientos años.

Una escama de dragón recogida tan recientemente que la magia de su antiguo dueño todavía habitaba en ella.

Un dragón que quizá estuviera buscando a Cullen, al igual que Cullen lo estaba buscando a él, aunque por diferentes razones. Sonrió a la oscuridad y cerró su mano sobre los afilados bordes de su preciado tesoro.

10.52 a. m. 20 de diciembre (Hora local)
2.52 a. m. 20 de diciembre (Greenwich)

A ochenta kilómetros de Chengdu, provincia de Sichuan, China, una anciana estaba subiendo una montaña. De hecho, no era una montaña muy alta, pero el sendero era bastante empinado. Pocos optaban por tomar ese sendero en invierno, pero en aquel momento la tierra y el cielo estaban limpios de nieve. El sol era un brillante guijarro sobre su cabeza.

La mujer no estaba sola. Cinco personas más la seguían a gran distancia, quizá no tan ávidos como ella por alcanzar el templo taoísta que se encontraban al final de aquel sendero. El frío molestaba a madame Li Lei Yu, ya que era la representación de la edad y la mortalidad. Sin embargo, aquel peregrinaje era también un recordatorio de esos estados: tanto ese peregrinaje inmediato a lo alto de aquella maldita montaña, como aquel más largo que la había traído de vuelta a su país natal.

Nada más llegar a Chengdu, la anciana había descubierto que el hombre al que había venido a ver, un monje, había muerto el año anterior. Estaba muy enfadada con An Du. ¿No podía haber esperado un poco más? Estaba dispuesta a hacer el viaje hasta la tumba del difunto, pero aquel peregrinaje estaba marcado por el sentimiento de que deseaba pasar a otra cosa cuanto antes.

Estaba a unos seis metros de la cima y fuera de la vista de los que la seguían cuando sucedió. No fue un mareo, aunque perdió la referencia de qué era arriba y qué abajo. Tampoco fue una ceguera ni una sordera, aunque su visión se volvió gris y todos los sonidos de alrededor se amortiguaron. Algo fuerte y como de otro mundo pasó a través de ella, apagando sus sentidos como si fueran velas, haciéndola resbalar por la realidad como si fuera de hielo. Recuperó la conciencia, tumbada en el suelo, con el sol todavía en lo alto; los demás que seguían sin llegar a la curva y un nombre en sus labios que no había sido mencionado en voz alta desde hacía cuatrocientos años.

Li Lei tampoco lo pronunció ahora. Pero resonaban en su interior, resucitando imágenes de terror y alegría, recuerdos y cambio. Respiró lentamente y no se movió, dejó que el latido de su corazón volviera a la normalidad. También esperó a que sus pensamientos se ordenaran alrededor de la nueva forma que había adquirido la realidad.

—Bien —dijo en la lengua de su infancia—, él ha vuelto.

¿Y cuánto tiempo hacía que había vuelto ya cuando el viento sopló a través de ella y susurró su nombre? Li Lei frunció el ceño.

El sonido de las voces que se acercaban hizo que se levantara inmediatamente, quejándose, ya que no había nadie para presenciarlo, de un dolor en la cadera. Hubo un tiempo en el que una caída como aquella... bueno, no importaba. Era una anciana y el Hacedor había decidido por alguna razón incomprensible que la decrepitud fuera parte del paquete. Sublevarse por ello no tenía sentido.

A pesar de todo, se dedicó a quejarse por lo bajo a quien fuera que estuviera escuchando mientras recuperaba el camino montaña arriba.

Los demás asomaron por la curva, siguiendo a su guía. Era un hombre pequeño y ágil de unos cuarenta años al que no había hecho ninguna gracia que ella le hubiera tomado la delantera. De hecho, el hombre había llegado a pensar que podía detenerla. El joven matrimonio que lo seguía era de Pekín y los otros dos jóvenes provenían de algún lugar cerca de Guizhou.

Li Lei Yu no sabía por qué los demás habían decidido subir la montaña aquel día, ni le importaba. A ella le interesaba tan solo una persona de aquel grupo: la mujer de mediana edad que cerraba la marcha. Ignoró las preguntas y explicaciones del guía y se abrió camino hasta su compañera.

El feo y querido rostro de Li Qin estaba tan plácido como siempre y su voz seguía siendo tan sorprendentemente bella como cuando se encontraron por primera vez.

—¿Has llegado a la cima y has vuelto para enseñarnos el camino, señora?

Aquello era lo que Li Qin entendía por humor. Solo había un camino hasta la cima.

—He perdido el gusto por las conversaciones a pie de tumba. Son demasiado unilaterales. Nos vamos ahora.

Obediente, Li Qin se dio la vuelta y se dispuso a bajar el sendero.

—¿Volvemos al hotel?

—No. Nos vamos a casa.

—¡Ah! —Li Qin la siguió en silencio.

—Lo estás haciendo otra vez —murmuró Li Lei—. Es de lo más desagradable.

—No he dicho nada.

—Haces mucho ruido al pensar. —Descendieron en silencio durante unos minutos antes de que ella volviera hablar, a regañadientes—. Lo admito. Tenías razón. China ya no es nuestro hogar.

—Eso no es lo que yo dije —respondió Li Qin dulcemente.

No, exactamente no. Había dicho que Li Lei no encontraría en China lo que estaba buscando. Pero venía a significar lo mismo, porque lo que Li Lei deseaba encontrar era un hogar. Un hogar y reuniones que ya nunca se celebrarían porque muchos se habían ido ya.

Pero no todos. No todos. Li Lei se detuvo y se volvió hacia su vieja amiga mirándola a los ojos.

—He encontrado algo que no buscaba. O ese algo me ha encontrado a mí. —Inspiró lentamente y luego dejó escapar el aire—. El Reajuste. Ha llegado el momento del Reajuste, Li Qin.

Li Qin respiró tan suavemente que incluso los oídos de Li Lei apenas pudieron captar el sonido. Los ojos se le agrandaron por la sorpresa... y el rostro ya no estaba tan plácido como solía estar.

1

9.25 p. m. 19 de diciembre (Hora local)
2.52 a. m. 20 de diciembre (Greenwich)

El concierto del *Mesías* de Haendel ofrecido por la Sinfónica Nacional había comenzado a las ocho y media, así que el coro estaba en pleno «Aleluya» cuando el tenor principal se convirtió en lobo.

Hasta entonces Lily Yu había estado disfrutando de la velada. No había creído que podría hacerlo, no después de haber recibido las últimas noticias sobre la investigación. Y antes que eso incluso, había surgido el problema de la ropa. A Lily le gustaba la ropa. Tenía un buen número de prendas en su armario, la mayoría de ellas chaquetas para el trabajo y cosas por el estilo, pero también se había traído a Washington sus pocos vestidos de gala. La misión lo requería. Así que se había puesto su vestido de seda negra favorito, y si ya lo había lucido en otras cuatro ocasiones, ¿qué importaba? No podías equivocarte con el negro, especialmente cuando el vestido parecía hecho a medida para ella.

Y así había sido. Su prima Lynn estaba intentando montar un negocio de modas.

Pero no tenía un abrigo. Concretamente un abrigo adecuado, de vestir. Justo al día siguiente de que el tren de aterrizaje de su avión tocara tierra en el aeropuerto internacional Reagan, Lily se había comprado una parka, pero no podía ponerse eso con un vestido de seda.

Lily estaba en Washington D. C. de forma temporal. Durante el día participaba en una versión más especializada del típico entrenamiento del FBI cerca de Quantico, y por la noche acudía a fiestas. Las fiestas eran por trabajo, no por diversión. Ahora era una agente del FBI, formaba parte de la secreta Unidad 12 dentro de la División de Crímenes Mágicos, pero en la actualidad la habían prestado al Servicio Secreto. El caso que tenían entre manos iba más allá de las competencias de esa agencia: un congresista había recibido una oferta para pactar con un demonio.

Y había denunciado el hecho. El Servicio Secreto estaba bastante seguro de que había otros políticos en su misma situación que no lo habían hecho.

Estaba claro que la agencia necesitaba saber si otros habitantes del Congreso y demás burócratas situados en altos cargos habían firmado con sangre sobre la línea de puntos, pero Lily odiaba el papel que le habían otorgado en aquella investigación, sobre todo porque no le estaba permitido investigar en serio. Ni le habían informado de nada. El Servicio Secreto se tomaba demasiado en serio la segunda palabra de su nombre y la mayoría de ellos no confiaban en la Unidad.

Mucha gente se sentía así respecto a la magia, por supuesto. Por esa razón Lily había mantenido en secreto su propio don durante mucho tiempo.

Lily era una émpata al contacto, uno de los dones más raros. La magia no le afectaba, sin embargo, podía sentirla en su piel, podía identificar el tipo y, a veces, incluso la fuente. Durante años los émpatas habían sido utilizados para descubrir a las personas con dones y a los miembros de la Estirpe que se hacían pasar por personas normales. Se suponía que la época de la persecución ya había pasado, pero los prejuicios no se habían evaporado con la derogación de las sanciones oficiales.

Lily nunca había delatado a nadie. Punto. El trabajo que estaba haciendo para el Servicio Secreto se acercaba mucho a eso, pero existía una pequeña diferencia entre hacer tratos con los demonios y practicar el arte o volverse peludo una vez al mes. Lily veía la diferencia. Además, los mandamases no querían que la prensa se oliera nada de lo que transcurría en aquella investigación y ella tenía una coartada de lo más elegante para justificar sus continuas fiestas: Rule pasaba mucho tiempo en Washington buscando apoyos para su gente. Su causa actual, o más bien la de su padre, era el Proyecto de Ley para la Ciudadanía de las Especies, un proyecto que ya habían echado atrás algunos comités, pero que seguía vivo.

Así que Lily estrechó manos, sonrió y encontró a un asesor, a un diputado y a un burócrata con un cargo muy alto en cuya carne percibió cierto toque a naranja. Los tres fueron interrogados, y aunque ella no había formado parte de esas entrevistas, parecía que estaban a punto de encontrar a quien fuera que había traído al demonio hasta allí para ofrecer esos tratos.

Aquella misma tarde Lily había sido informada de que el caso estaba cerrado. El sospechoso había confesado suicidándose. Incluso había tenido la consideración de dejar una nota, así que parecía que Lily podría volar de vuelta a casa para Navidad.

Eso debería haberla puesto contenta. Era una pena que muy pocas veces Lily sintiera lo que se suponía que debía sentir.

Volver a casa era volver a San Diego, donde el clima tenía sentido. En San Diego, el agua no se solidificaba a no ser que la pusieras en el congelador. Tampoco caía del cielo a menudo y mucho menos en forma de perdigones helados, que era justo lo que había sucedido la noche anterior.

Aquello había sido una verdadera sorpresa. Lily siempre había pensado en Virginia como en un lugar caluroso.

La noche anterior, nada más regresar de Quantico, Lily había descubierto un abrigo extendido sobre su cama. Un abrigo largo, negro, fabricado en una mezcla suntuosa de lana, seda y cachemir. Un abrigo extravagantemente caro y lujoso con un torcido y barato lazo rojo que decoraba el cuello... y un gordo gato naranja sentado encima jugando con él.

Se llevó inmediatamente a *Harry el Sucio,* para gran fastidio del animal.

Harry era una de las extravagancias de Rule. No sabían cuánto tiempo iban a estar en Washington, así que Rule había insistido en pagar un billete de avión para el gato. Lo gracioso era que él y *Harry* ni siquiera se llevaban bien, pero Rule consideraba que *Harry* formaba parte de la familia de Lily. Así que *Harry* había volado con ellos en primera clase, aunque el animal no había tenido la oportunidad de apreciar el honor. Había volado dentro de su transportín, por supuesto, y sedado, para su tranquilidad y la de Lily y Rule.

—No he tenido tiempo de envolverlo —dijo Rule mientras entraba en la habitación detrás de ella.

—Creía que habíamos quedado en que nos daríamos los regalos en Navidad, no antes. —Lily intentó sonar severa, pero el cariño con el que acariciaba el abrigo restó efecto a sus palabras.

La boca de Rule hizo un gesto nervioso.

—No podía esperar más. Perdóname. No es que me importe ver cómo tiemblas y tiritas y te quejas del clima todo el rato. Ya me he acostumbrado, además, tus labios son realmente atractivos cuando se vuelven azules. Pero sé cómo odias el despilfarro, y ya que parece que estaremos de vuelta en California para el gran día...

Lily hizo un gesto de fastidio e interrumpió a Rule con un beso. Después le entregó las entradas para el acontecimiento de aquella noche: el regalo de Navidad de Lily para Rule, antes de tiempo, claro, por lo que ella ya no podía seguir quejándose de que Rule no hubiera respetado lo que habían acordado respecto a los regalos.

En realidad Lily no tenía ganas de quejarse. Era un abrigo fabuloso.

Y el abrigo fabuloso le cubría los hombros a las diez menos diez de la noche, cuando el coro atacó las notas finales del «Aleluya». Miró al hombre que se sentaba a su lado.

Era un auténtico placer mirarlo. Lily ya se estaba acostumbrando. Ella se había arreglado mucho y estaba muy guapa, pero Rule Turner enfundado en un esmoquin hacía que las cabezas se volvieran para verlo pasar. No era por algo concreto, pensó Lily. Los rasgos de Rule eran impactantes, pero imperfectos: los labios eran una delgada línea, la nariz estaba un poco torcida, igual que su sonrisa. Las mejillas marcadas iban a juego con el ángulo en el que se inclinaban sus cejas encima de esos ojos tan oscuros como su cabello.

En aquel momento, Rule estaba absolutamente inmóvil, con la cabeza inclinada ligeramente y todo su ser concentrado en la música.

Ah, bien. Bien.

La magia que hacía que los lupi sanaran a gran velocidad era especialmente fuerte en Rule. Se había recuperado con rapidez de la operación que lo había remendado después de que un demonio lo destrozara, pero había algo en su interior que no se había curado todavía. Guardaba silencio durante demasiado tiempo y tardaba demasiado en sonreír.

¿Estaba afligido? ¿Echaba de menos... a la otra Lily? ¿Aquella que se había marchado, pero que seguía allí con ellos?

La voz de los cantantes la atravesó: la letra afirmaba que no existía la pérdida; que la muerte, como sostenían los budistas, era una ilusión. Lily deseó dejarse llevar e ir a donde la música quería llevarla, pero aquel no era el estilo de música que iba con ella.

Pero sí era el de Rule.

Él le había contado que su gente era amante de la música, pero eso era como decir que los tejanos aman el fútbol americano o que a los gatos les va el atún. Lily había descubierto que casi todos los lupi tocaban al menos un instrumento y todos ellos cantaban. Y una entonación perfecta era más la norma que la excepción.

Por eso estaban allí, por eso Lily había comprado esas entradas. No había visto a Rule así de concentrado fuera de la cama...

...desde que habían escuchado el canto de los dragones sentados en aquella roca.

Lily parpadeó. Euforia, dolor, un pellizco de envidia; aquellos sentimientos mezclados la atravesaron a medida que el recuerdo se apagaba. Nunca podía aferrarse a esos recuerdos, esos susurros de su otro yo. Como las semillas de un diente de león, a veces los recuerdos flotaban en su mente, como si se burlaran de ella al invocar una vida que aunque era suya, no lo era.

Allí y ahora, casi podía evocar el sonido del cantar de los dragones. Casi.

Se sobresaltó.

La magia se arrastró y chisporroteó por cada milímetro de su piel expuesta, una ola de pura energía; como si alguien hubiera abierto una puerta y hubiera dejado entrar una corriente de aire invisible. Se le aceleró el corazón y contuvo la respiración; y la magia cosquilleó en su garganta cuando entró en ella a la vez que el aire. Algo que no le había ocurrido nunca.

Y desapareció, un torbellino de magia que había llegado y había pasado. Se volvió para contárselo a Rule.

Sus ojos se habían vuelto negros. No solamente oscuros, sino completamente negros, sin blanco alrededor del iris. La bestia lo dominaba. Se le marcaba el músculo de la mandíbula y sus manos se agarraban a los reposabrazos de la butaca con tanta fuerza que parecía un milagro que no los hubiera partido en dos.

—¿Estás bien? —susurró preocupada.

Él la miró con esos ojos ciegos y negros.

—Dame un minuto —se las arregló a decir a través de los dientes apretados.

Alguien gritó. Por un segundo Lily creyó que era por Rule, pero un segundo grito se oyó por encima del primero, y provenía del escenario.

Lily miró justo a tiempo para ver los últimos instantes del cambio.

Probablemente nadie más en el público tenía idea de lo que estaba presenciando. Era imposible de describir, una hendidura cambiante en la realidad donde las formas parecían desvanecerse de un lado y reaparecer por otro como en una banda de Moebius pasada a toda velocidad.

Pero Lily ya lo había visto antes. Sabía lo que estaba ocurriendo. Estaba a punto de aparecer un hombre lobo sobre el escenario; y si estaba en lo cierto, el lobo iba a estar confuso y asustado. No era bueno mezclar eso con un montón de humanos confusos y asustados.

Lupus, se recordó a sí misma mientras se levantaba y pasaba por delante de las personas que ocupaban su fila. No hombre lobo. Hoy en día había que llamarlos lupi, en plural, o lupus, en singular.

—Policía —dijo Lily a un hombre fornido que se había levantado para ver lo que estaba ocurriendo—. Siéntese.

El hombre se sentó. Lily llegó hasta el pasillo. En el escenario se había desatado el caos: cantantes que se pisaban unos a otros mientras trataban de escapar, músicos que huían. El director no se había movido. Estaba gritando a todo el mundo, aunque no en inglés.

Lily miró brevemente a Rule. No se había movido. Lily dedujo que el cambio estaba siendo muy intenso y que si la concentración se le escapaba durante un solo segundo, Rule perdería la batalla. Entonces tendrían a dos lobos asustando a la gente.

Lily no llevaba su arma encima. Una funda sobaquera no era exactamente el accesorio adecuado para una velada en el Kennedy Center, así que la había dejado en el coche, maldita sea.

De todas maneras, aquel no era un problema que pudiera resolverse con un arma. Corrió por el pasillo hasta el escenario. El resto del público se estaba levantado. Pronto la confusión se convertiría en pánico y la turba colapsaría las salidas.

—¡Policía! —gritó esta vez—. Permanezcan sentados, tranquilícense. No hay ningún peligro. —Por lo menos no había foso para la orquesta. Pudo subir directamente al escenario mediante un procedimiento muy poco elegante cuando se realiza con una falda corta, pero no podía evitarlo.

El coro estaba colocado en unas gradas detrás de la orquesta. La mayor parte de ellas estaban vacías ya. Una mujer yacía en el suelo al final de la última fila, gimiendo.

Pero la zona que rodeaba al lobo se había vaciado en un instante. Estaba al pie de las gradas, un animal grande, pero más pequeño que Rule en su forma de lobo. Pelaje rojizo. El lomo erizado. Mostraba los dientes.

El director no dejaba de gritarle.

—Idiota —murmuró Lily por lo bajo mientras se acercaba a él y lo agarraba del hombro—. Cállese.

El director se volvió, con los ojos abiertos de par en par y la boca formando una «o» de sorpresa.

—Está gritando a un lobo. No creo que le guste mucho. —Aunque había un hombre dentro del pelaje y los gruñidos, ahora mismo era el lobo el que tenía el control.

—¡Pero ha arruinado el concierto! ¡Lo ha echado todo a perder!

—No es culpa suya. ¿Cómo se llama?

—¿Qué? ¿Su nombre? ¿Por qué?

—Usted solo dígame su nombre.

—Paul. Paul Chernowich.

—Muy bien. Tiene a su gente corriendo por ahí asustada y un herido. —Señaló a la mujer que yacía en el suelo—. Necesita ayuda médica. Usted. —Se volvió hacia una mujer solitaria que permanecía de pie observando al lobo con la mandíbula desencajada, al parecer demasiado impactada como para huir. Era joven, de pelo oscuro y por lo menos era medio asiática. Sostenía el violín con una mano y el arco con la otra—. Toque algo.

La mujer se volvió hacia ella.

—¿Que qué?

—Que toque algo. Lo que sea. Hará que la gente se tranquilice. —Tenía la esperanza de que el lobo también—. Los lupi no atacan a las mujeres —añadió—. Está a salvo.

La mujer miró al lobo, luego a la muchedumbre y luego de vuelta a Lily; sus ojos revelaron que lo había comprendido. Sus labios se inclinaron hacia arriba en una sonrisa.

—Como si fuera la solista —murmuró—. ¿Por qué no? —La mujer se situó en la parte delantera del escenario, se colocó el violín bajo el mentón, suspendió el arco en el aire para darle algo de dramatismo al momento y empezó a tocar.

Las suaves notas de una sonata de Bach surgieron del violín.

Lily se encaró con el lobo. El animal miraba a su alrededor con el lomo todavía erizado, pero ya no gruñía. Bien. Lily se preguntaba por qué el lobo no se había limitado a salir corriendo. ¿No habría sido lo más natural?

—Paul. —Lily habló con firmeza, sin elevar la voz. Él podía oírla—. Estás disgustado. No sabes qué ha ocurrido, ¿verdad?

El lobo la miró y luego desvió los ojos para examinar el área.

¿Qué estaba buscando? Quizá a quien fuera que le había hecho aquello.

—No sé qué es lo que te ha obligado a cambiar, pero no existe ninguna amenaza inmediata. —Lily dio un paso hacia el lobo. ¿Dónde estaba Rule? ¿Seguiría aún luchando contra el cambio? —No nos conocemos, pero seguro que has oído hablar de mí. Soy Lily Yu, la elegida de Rule. Rule Turner de los Nokolai.

El lobo la miró directamente y gruñó.

—De acuerdo, quizá no seas Nokolai. Pero nunca harías daño a una elegida. —Lo dijo con firmeza, aunque la visión de todos aquellos dientes, sin mencionar la cabeza agachada y el lomo erizado hacían que su corazón latiera con fuerza. Se sacó el pequeño talismán que colgaba de su cuello—. Tú sabes lo que es esto. Vuestra Dama...

Se oyó un disparo. Lily se volvió mientras automáticamente se llevaba la mano al lugar del arma que no llevaba.

Un agente de policía uniformado estaba de pie en medio del pasillo, con las piernas abiertas y el arma en la mano.

El lobo pasó al lado de Lily tan rápido que apenas pudo verlo, directo hacia el idiota del arma.

Pero Rule se interpuso en su camino.

Lily no sabría decir de dónde había salido. Parecía que había caído del cielo. Y caminaba sobre dos piernas, maldita sea, ¡no estaba en condiciones de jugar a aplacar a un lobo de casi cien kilos! El hombre lobo rodó por el suelo para ir a parar al borde del escenario con Rule justo debajo de él. Las mandíbulas del lobo se abrieron dispuestas a destrozar la garganta de Rule...

Que él ofreció sin resistencia alguna al inclinar la cabeza hacia atrás. Alguien gritó.

Quizá esta vez fuera la misma Lily.

El lobo se quedó inmóvil. Sus fauces estaban sobre el cuello de Rule, pero no se movía. Tras una pausa terrible, el lobo se retiró. Olisqueó el mentón de Rule y su pecho, y luego lo miró a la cara. Lily habría jurado que el lobo parecía desconfiar.

—*Ni culpa, ne defensia* —dijo Rule.

Lentamente el lobo dio un paso atrás y permitió que Rule se levantara.

La respiración de Lily se estremeció. La violinista pasó de una sonata a otra, aminorando el ritmo y deslizándose de un *allegro* a un *adagio*. Y la música cubrió el escenario y el patio de butacas como la espuma de una ola que se retira.

Y el imbécil uniformado que tenía el arma en la mano, volvió a apuntar.

2

9.25 p. m. 19 de diciembre (Hora local)
2.52 a. m. 20 de diciembre (Greenwich)

Cynna Weaver estaba de pie en una esquina de Washington D. C. que nunca aparecería en las guías turísticas ni se incluiría en ninguna campaña política. Se suponía que la temperatura no había bajado de cero grados, pero sus dedos le sugerían que habían superado esa línea por mucho. Se metió las manos en los bolsillos de su cazadora de aviador. Se había acordado de coger la cazadora, la llave de su habitación, el móvil, la cartera y su arma. Pero nada de gorro ni guantes. Estúpida.

No sabía dónde estaba. Y eso era mucho más que vergonzoso, sobre todo considerando cuál era su don. Estaba en algún lugar al sureste de Washington, ya que había cambiado a la línea verde, pero no podía recordar, ni aunque su vida estuviera en juego, dónde se había bajado. O por qué.

Probablemente aquello era Anacostia, pensó Cynna mientras miraba a su alrededor. Lo que demostraba que podía confiar muy poco en su subconsciente, pero a su mente consciente no se le ocurría otra cosa que decir: *Sal de aquí inmediatamente.*

Eligió una dirección al azar y echó a andar.

Su alojamiento actual no era muy diferente a los cientos de habitaciones de hotel en los que se había alojado desde que había cambiado de bando en el juego de la ley y el orden hacía siete años. La habitación tenía una cama decente, televisión por cable, toda el agua caliente que quisiera y ni gota de personalidad. Cuando se había visto al teléfono pidiendo una hamburguesa al servicio de habitaciones, no había podido soportarlo más.

Aunque no sabía qué era exactamente lo que no había podido soportar. ¿La habitación impersonal? ¿Las pesadillas demasiado personales que la acosaban por las noches? O las pesadillas que ya habían muerto... *Estúpidos hijos de puta,* pensó frunciendo el ceño. Aquellas pesadillas muertas hacía tiempo seguían fabricando fantasmas que acudían a visitarla de vez en cuando.

Fuera lo que fuera lo que lo había provocado esta vez, para Cynna era algo familiar. Nunca había sido capaz de determinarlo con exactitud. Solo sabía que cuando aquella sensación la asaltaba, tenía que hacer algo. Lo que fuera. Cuando era joven y estúpida, aquel lo que fuera había significado salir de marcha. En la actualidad, Cynna intentaba librarse de ello haciendo ejercicio físico.

Aquella noche Cynna se había subido al metro y luego había echado a andar. Desgraciadamente había estado demasiado ocupada dándole vueltas a la cabeza como un hámster en su rueda y no había prestado atención. Cuando por fin se había despertado de su trance inducido por la estupidez... Bueno, aquel no era el peor barrio en el que hubiera estado nunca, pero se acercaba bastante. Y eso que ella había estado en barrios muy, pero que muy poco recomendables.

Una camioneta de chasis bajo pasó a su lado con las ventanillas bajadas y el volumen del estéreo tan alto que Cynna pudo sentir las vibraciones del bajo a través de las suelas de sus Reebok. Uno de los tipos que iba en el asiento de atrás se asomó por la ventanilla para hacerle una oferta que Cynna no tuvo ningún problema en rechazar. Y lo hizo mediante un lenguaje de signos que podría ser reconocido en cualquier instituto del país.

No era una actitud muy profesional, pero no estaba allí por asuntos del trabajo. Estaba allí por... no, no se le ocurría ni una sola buena razón.

Justo delante de ella, una señal de neón que simplemente indicaba «Bar», zumbaba sobre una puerta destrozada. La puerta se abrió y vomitó a la acera música rap, olor a hierba y dos chavales jóvenes, negros, ataviados con pantalones de estilo militar.

¡Oh, oh!

—Eh, tía —dijo uno de ellos con una voz muy dulce—. ¿Qué coño haces aquí, eh? Este no es tu barrio.

No era una frase amistosa. No con aquellos ojos vacíos que apenas la veían.

La gente de clase media se imaginaba todo tipo de cosas respecto a los barrios como aquel. Pensaban que todo el mundo tomaba drogas, que los únicos trabajos que existían eran de proxeneta, matón o puta; y que si ponías un pie en el barrio te robarían, violarían o te harían cosas peores.

Como la mayoría de los prejuicios, eran ideas equivocadas. A las personas que vivían allí no les robaban cada vez que salían a la calle y la mayoría de ellas odiaba el crimen y la violencia mucho más que cualquier madre de las que llevan a sus hijos al entrenamiento de fútbol y que ve la versión resumida de la realidad en la CNN. Pero una mujer sola, de noche, que no era del barrio...

Cynna se detuvo en seco, movió los hombros para relajarlos. Concentró un poco de energía en uno de sus tatuajes del antebrazo, pero no abrió la cremallera de la cazadora para no sentirse tentada de lanzarse sobre aquellos idiotas. Ruben se cagaría en ella si disparara a alguien.

—Piérdete, Bogart. —Lárgate, tipo duro.

—¡Tío, al loro con eso! —«Risitas» se puso tenso, aunque siguió sonriendo—. ¿Has oído a la pibita blanca? Es una de esas zorras blancas que quiere follar con negros, ¿eh, bastardo?

—Pues no sé si es blanca o amarilla, joder. —Aquellos ojos muertos recorrieron lentamente el cuerpo de Cynna—. ¿Cómo coño voy a saberlo con toda esa mierda en su cara?

—Me gustan los tatuajes. —Cynna envió más energía al hechizo de su brazo derecho—. ¿Vuestras mamás ya saben que estáis en la calle a estas horas, chicos?

El primero de ellos dio un paso adelante.

—Ya voy a descubrir yo lo que eres, tía.

Estaba claro que buscaba pelea. Cynna sintió que le empezaba a hervir la sangre. Apoyó el peso de su cuerpo en la parte anterior de la planta del pie y abrió sus escudos.

Y se tambaleó por la súbita ola de energía que la invadió. *¿Qué demonios...?*

La puerta del bar se abrió de nuevo. Y salió otro hombre negro. Era delgado como una culebra y más alto que los otros dos.

—Tío, estás bloqueando el tráfico —le dijo a «Risitas» dándole un empujón—. Largo de aquí.

«Risitas» se hizo a un lado obediente.

—Jo-Jo quiere comprobar si la piel de la pibita blanca es tan pálida como su pelo. Es imposible saberlo con toda esa magia de mierda que lleva tatuada en la cara.

El recién llegado miró a Cynna. Después le dio una colleja a su colega.

—¡Imbécil!

Jo-Jo se giró, dispuesto a explotar.

—¡Pero qué coño!

—Es una dizi.

«Risitas» soltó un gruñido.

—Bah, los dizis son una mierda. Se ponen muy chulos, pero luego, mansos como corderitos.

—Algunos tienen sangre en las venas. —El hombre miró a Cynna. En sus ojos se veía que en aquella cabeza había un cerebro trabajando—. Ella la tiene.

Jo-Jo frunció el ceño.

—¿Qué pasa, colega? ¿Es que le has leído las rayas de la mano?

—Estúpido. Mírala. Estás dispuesto a saltar sobre ella, ¿eh? Pues no la veo temblar. Más bien creo que está esperándote. Ella quiere que lo intentes. —Y luego, se dirigió a Cynna por primera vez—. Jo-Jo es retrasado mental y Patch no pinta nada..., es idiota. ¿Sin rencor?

Cynna le sostuvo la mirada durante unos segundos y después asintió brevemente.

—Sin rencor.

Los tres se retiraron ligeramente para dejarla pasar, el chico alto y Jo-Jo en silencio, «Risitas» casi haciendo una reverencia. Cynna pasó por delante de ellos

sin mirarlos, ya que la confianza significaba media batalla ganada; pero tenía todos los sentidos alerta por si el colgado de Jo-Jo cambiaba de opinión.

No ocurrió nada.

Mejor así, se dijo a sí misma. Normalmente, un hechizo de no-me-toques haría que el asaltante recibiera una descarga de lo más desagradable. Sin embargo, esta vez había concentrado demasiada energía. Si hubiera utilizado ese hechizo quizá hubiera podido herir gravemente a alguno de esos idiotas.

Y hablando de demasiada energía... Caminó otra manzana y se detuvo. Unas palabras susurradas, un instante de concentración y parte de esa energía extra se deslizó por su piel hasta un dibujo que servía como célula de almacenaje. Sin embargo, no pudo guardarla toda allí. Había demasiada.

Apoyó la palma de la mano en la pared de ladrillos viejos del edificio más cercano y poco a poco se deshizo del resto. Aquel gesto le hizo pensar en Cullen. ¿No le habría gustado estar allí para poder solazarse en toda aquella magia liberada?

Era un hombre fastidioso. Y era igual de fastidioso el hecho de que pensar en él provocara en ella una respuesta sexual. Algo que habría satisfecho sobremanera al enorme y absorbente ego de Cullen. Si él lo supiera... aunque no lo sabía porque no podía. Sin embargo, él era tan engreído que seguramente creía que ella se ponía caliente pensando en él. Pero Cullen en realidad no creía eso, porque no cabía duda de que él ni siquiera se molestaba en pensar en ella. Pero si lo hiciera...

Basta, le dijo Cynna a su cerebro. Iba a ser mejor que pensara en averiguar de dónde provenía toda aquella energía. Normalmente la magia no solía flotar por ahí a la espera de que alguien con algún pequeño don se acercara y la absorbiera.

Aunque el don de Cynna no era pequeño en absoluto. No le gustaba alardear demasiado de ello, pero Cynna era la localizadora más fuerte y eficaz del país. También era muy buena con hechizos. En teoría, cualquier persona con un don podía utilizar hechizos, pero la gran mayoría no lo hacía. Algunos no podían encontrar a un buen maestro. Otros carecían de interés, de paciencia o del simple gusto por los hechizos; al igual que mucha gente no podía ejecutar operaciones matemáticas aunque la vida les fuera en ello.

Igual que ella. A Cynna se le daban fatal las matemáticas, pero en lo que se refería a hechizos, tenía el interés, el deseo y la paciencia.

El aire se convirtió en una niebla fría, con énfasis en lo de fría. No producía suficientes precipitaciones como para llamarlo llovizna, era más bien una humedad pegajosa que amortiguaba la luz de las farolas y helaba las mejillas. Era el tiempo ideal para quedarse en casa. Allí era donde estaban los ciudadanos respetables, sin duda, en casita cómodos y calientes, quizá sentados ante la chimenea, con un vaso de vino en la mano.

Bueno, Cynna no podía hacer nada respecto a la chimenea, pero lo del vino sonaba muy bien. Algo con burbujas, quizá. Caminó dos manzanas más y llegó a un cruce con mucho tráfico. Conseguiría un taxi, volvería al hotel y pediría

algo al servicio de habitaciones. Incluso después de varios años de prosperidad, Cynna seguía teniendo una inclinación especial por utilizar el servicio de habitaciones. Quizá eso le dejara olvidar aquel estúpido sentimiento de decepción.

Por Dios. ¿Decepción? ¿Acaso había deseado meterse en una pelea?

Sí. Lo había deseado. Por eso se había dirigido al peor barrio de Washington.

Maldita sea, maldita sea, maldita sea. ¿Cuándo iba a aprender? Cynna se miró los pies con el ceño fruncido y aceleró el paso.

Algunas personas tenía muy claro qué era lo que estaba bien y qué era lo que estaba mal. Ella estaba trabajando en ello, pero cuando la mierda chocaba con el ventilador y no había tiempo para pensar las cosas, ella nunca reaccionaba como debería hacerlo. Su configuración original se inclinaba más por «mata a esos bastardos» antes que por «ofrece la otra mejilla».

Tampoco es que fuera por ahí matando gente. Eso solo había sucedido en dos ocasiones y en ambas había sido en defensa propia. El FBI le había dicho que había manejado la situación de forma adecuada. No sabían nada sobre lo otro.

Bueno, Abel Karonski sí lo sabía. Además de un compañero de trabajo, era un amigo, y Cynna le había confesado la historia hacía ya años. Él quizá se lo hubiera contado a Ruben. Pero los hechos no aparecían en ningún documento oficial. Cynna lo había comprobado.

Tenía que admitir que a ella le gustaba pelear. Especialmente en noches como aquella, cuando la sensación sin nombre se agazapaba y se deslizaba desde el estómago, y se le enroscaba alrededor del cuerpo con sus púas de alambre espinoso. En ocasiones como esa, Cynna solo quería hacer dos cosas: pelear y follar.

Esa no era la forma en la que la gente buena se enfrentaba al mal humor.

Se detuvo al pie de una farola, frunciendo el ceño. El vecindario había mejorado notablemente en las últimas tres manzanas. Las cuatro esquinas de aquella intersección estaban ocupadas por un restaurante de comida mejicana, un túnel de lavado de coches, una tienda de compra-venta de objetos y un minisupermercado de esos abiertos las veinticuatro horas.

Muy bien. Cynna inspiró profundamente y dejó escapar el aire muy despacio. No podía controlar lo que deseaba hacer, así que se conformó con controlar lo que iba a hacer. Y lo que iba a hacer ahora era volver al hotel. Olvidarse del vino, dormir un poco. Podría pedir prestada la guía telefónica en el 7-Eleven, llamar a un taxi y dejar que el conductor se las apañara para saber cómo llegar de aquí hasta allí.

Cuando ya había cruzado media calle, Cynna vio la iglesia.

Estaba al otro lado de la manzana, separada del 7-Eleven por dos pequeñas tiendas y un enorme aparcamiento. *Lo más probable es que esté cerrada a estas horas de la noche,* señaló su parte sensata.

Sin embargo, no era tan tarde. Apenas habían pasado las diez. Y había coches en el aparcamiento. Tan pronto como llegó a la acera, sus pies se dirigieron hacia allí.

Probablemente no sea una iglesia católica, dijo la voz de la razón.

Probablemente no. Sin embargo, no hacía ningún daño ir a comprobarlo. Tampoco es que tuviera otra cosa que hacer... *Oye, mira. Gente.*

Se había abierto una puerta lateral. Una pareja mayor y otra más joven salieron seguidas de un pequeño grupo de gente de aspecto hispano en su mayoría, aunque todos iban abrigados para hacer frente al clima, así que Cynna no podía estar segura. El último en salir vestía una sotana negra.

Desde luego tenía aspecto de cura. Y... sí, ahora estaba lo suficientemente cerca como para leer el cartel con el nombre: Nuestra Señora de la Asunción.

Ja. Chúpate esa, voz de la razón.

Los feligreses se intercambiaron alegres las buenas noches; las puertas de los coches se cerraron de golpe y los vehículos salieron del aparcamiento. Pero había una pareja mayor que no parecía tener prisa por marcharse. Estaban de pie en el estrecho porche de la puerta lateral, y la mujer estaba ametrallando al cura con detalles sobre flores, mesas y número de invitados.

Ensayo de boda. Por eso estaban allí a esas horas. Maldición, todavía podría convertirse en una gran detective y todo.

Mientras Cynna se acercaba, el marido le dijo a su mujer que dejara al padre Jacobs que volviera dentro porque fuera estaba helando. De uno en uno se dieron cuenta de su presencia y los tres se callaron. La mujer agarró el brazo de su marido, con los ojos abiertos como platos; y él se alzó en su papel protector y lanzó a Cynna una mirada seria para espantarla.

Por lo menos, esta gente no tenía aspecto de que fuera a saltar sobre ella.

—¿Padre Jacobs? —dijo dubitativa.

A pesar de la sotana, el padre Jacobs tenía más aspecto de monaguillo que de cura. Era un rubio de verdad, con el pelo tan claro que parecía blanco y la piel del color del pergamino viejo, aunque ahora estaba ligeramente sonrosada por el frío. Su sonrisa fue sorprendentemente dulce.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarla?

—Esperaba que... Ya sé que es tarde, pero ¿podría escuchar mi confesión?

Dentro de la iglesia olía a madera, incienso y flores. El reclinatorio era duro. Cynna habría podido sentarse al otro lado de la celosía, en una de las sillas tapizadas, pero prefería cien veces más que le dolieran las rodillas a confesarse cara a cara.

Se santiguó mientras deseaba haber esperado un poco más y haber acudido a su iglesia en Virginia. Este cura no conocía su historia.

La voz del cura llegó suavemente desde el otro lado de la celosía.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que el Señor esté en tu corazón y te ayude a confesar tus pecados con verdadero arrepentimiento.

Empieza por lo fácil.

—Perdóneme, padre, porque he pecado. Han pasado, eh... cinco semanas desde mi última confesión y me he saltado cinco misas dominicales. La primera

vez no pude evitarlo porque no tenía ninguna iglesia a mano. —Pues no. En el infierno sufrían de una verdadera escasez de lugares de culto—. Las otras... estaba ocupada. Vale —admitió—. Es una mala excusa. Pero me gusta confesarme cuando tomo la comunión y creo que he estado evitándolo.

El cura esperó.

—Eh... deseo a un hombre. A dos en realidad, pero uno ya está ocupado, así que ese no cuenta. Solo tengo que superarlo y ya está, ¿sabe? Pero el otro...

—¿Has actuado guiada por ese deseo?

—No. Pero quiero hacerlo. No estoy casada ni comprometida con nadie —añadió Cynna—. Él tampoco. —Eso era un eufemismo—. Así que no estaríamos rompiendo ningún voto si, eh, ya sabe.

—El sexo puede ser una feliz expresión del amor dentro del sacramento del matrimonio. Fuera de esa unión es inherentemente un acto egoísta, la búsqueda del placer por motivos puramente egoístas.

Esa era uno de esos temas en los que la Iglesia y ella no estaban de acuerdo. Cynna era incapaz de ver qué había de malo en el sexo. Hacía tropecientos años, sí, el sexo fuera del matrimonio podía tener todo tipo de feas consecuencias, así que abstenerse tenía sentido. ¿Pero ahora?

Por supuesto, el padre Michaels le había dicho que era orgullo considerar que su propio razonamiento estaba por encima de la sabiduría colectiva de la sagrada Iglesia de Dios. El padre Michaels quizá tuviera razón, pero Cynna descubrió que tendría que sacar sus propias conclusiones respecto a ese tema.

—He pecado de orgullo. Y de ira. Y... —Su corazón sufrió un vuelco y empezó a latir a toda velocidad, como si estuviera haciendo un esfuerzo, empujando algo cuesta arriba—. Me resulta difícil decirlo.

—¿Tienes en mente un acto específico? ¿Algo que hayas hecho y que te turbe?

—Sí.

—¿Es un acto venial o un pecado mortal?

—No lo sé. —Ese era el problema.

—No he podido evitar fijarme en tus tatuajes. ¿Has sido una dizi?

Como la mayoría de la gente, él se refirió a aquel culto nacido en las calles con su nombre popular. Casi nadie había oído el nombre verdadero del movimiento: los *Msaidiza.* En swahili significaba «los que ayudan».

—Lo dejé cuando entré a formar parte de la Iglesia.

—¿Has practicado otras formas de magia prohibida o te has dejado llevar por la superstición?

Aquella era una pregunta difícil. El padre Michaels decía que la postura de la Iglesia respecto a la magia era tan poco clara que prácticamente había que convocar un cónclave antes de lanzar cualquier hechizo. Él le había aconsejado que empleara sus habilidades de la misma forma en que utilizaba su arma: que utilizara su don y su habilidad para crear hechizos solo como autodefensa o en

el cumplimiento de sus deberes, y solo cuando claramente estuviera haciéndolo por un bien mayor.

—Creo que por ahí estoy limpia —dijo tras unos instantes—. No es eso lo que me preocupa.

El cura esperó.

Ella respiró profundamente y luego dijo:

—He matado.

Silencio.

—Humanos no. Mierda. Lo siento, padre. Lo estoy complicando todo. Lo que quiero decir es que he matado demonios.

Esta vez el silencio fue más largo. Por fin, el cura habló.

—¿Estás segura de que eran demonios?

Por lo menos no la había llamado loca. Aunque Cynna no lo culpaba por hacer esa pregunta. Todo el mundo sabía que los demonios no podían cruzar a no ser que fueran invocados, y en estos tiempos un buen hechizo de invocación era tan raro como que las gallinas tuvieran dientes. Lo había sido desde la Purga. Como un montón de cosas que «todo el mundo sabía» que estaban mal, pero aquel cura no tenía forma de saber nada de nada.

Por supuesto, los demonios eran totalmente comunes en el infierno.

—Eh..., trabajo en la DCM. Ya sabe, ¿en el FBI? Y... mire, lo siento, pero no puedo contarle los detalles, ni siquiera a usted. Pero mi trabajo tiene que ver con matar demonios.

—No hay pecado en eso si el acto se hizo sin malicia —dijo el cura amablemente—. Desde el Concilio Vaticano II, destruir demonios no se considera un acto de gracia en sí mismo, pero siguen siendo criaturas sin alma.

Cynna suspiró. Aquella era precisamente la reacción que había esperado.

—Gracias, padre.

El cura habló con ella un poco más y luego le asignó su penitencia. Añadió que iba a estar en su oficina y que mientras tanto la iglesia permanecería abierta.

Cynna captaba las indirectas a la primera. Se sentó en un banco para ponerse con los padrenuestros, pero le resultó muy difícil concentrarse.

El problema con matar demonios era que permanecían muertos. Aquellos a los que ella había disparado habían estado planeando cosas mucho peores para ella y para otros, así que Cynna no se arrepentía de haberlos matado. No exactamente. Pero todo aquel asunto le molestaba. Los demonios no tenían alma, por lo tanto eran moralmente ciegos. No sabían que estaban haciendo el mal, así que no podían elegir hacer el bien. Y el no tener almas significaba también que no tenían opción a la vida eterna.

¿Acaso eso no hacía que fuera peor matarlos?

Y ¿por qué Dios había organizado las cosas de aquella manera?

Cynna se agitó. No creía que cuestionar al Todopoderoso fuera una cosa que hicieran los católicos, pero ella se había unido a la Iglesia tarde y, en parte, por razones egoístas. Los creyentes estaban protegidos contra la posesión.

Por supuesto, la posesión era otra de esas cosas que todo el mundo sabía que no sucedía nunca.

Maldita sea. Seguía dejando que sus pensamientos vagaran por ahí en vez de concentrarse en su acto de contrición. Quizá le fuera mejor con los avemarías. Se sentía más cómoda con María que con el Padre omnipotente.

—Ave María, llena eres de gracia...

—Hija mía.

La voz era una mezcla de campanas de iglesia y viento, el romper de las olas por la noche y el inquietante ulular de un búho. Y, sin embargo, era terriblemente humana. Femenina. También era una voz de verdad, producida por el aire que vibraba a través de unas cuerdas vocales para crear sonidos, no era una voz que le hablara en la cabeza... aunque al parecer también le hablaba desde dentro de ella.

Sobrecogimiento. Por primera vez, Cynna entendió el significado pleno de aquella palabra. Durante un largo instante no habló ni respiró, con la esperanza de que la voz volviera a hablar. Finalmente, Cynna dijo:

—¿*Mmm…* María?

—No. —Al parecer a la presencia aquello le hizo gracia y se rió muy delicadamente.

—He sido muchas personas, pero esa no. De hecho, ya soy tuya, Cynna. ¿Tú eres mía?

No tuvo que pensar en su respuesta y tampoco tenía miedo.

—No lo sé. ¿Quién eres?

—Cuando lo sepas, tendrás que elegir. Por ahora, busca a tus amigos. Rápido. Te necesitan.